

JEAN JACQUES ROUSSEAU

*Francisco Altarejos Masota
Universidad de Navarra*

1. Apuntes biográficos

J. J. Rousseau nace en Ginebra, el 28 de junio de 1712. Su madre muere de sobrepeso y queda huérfano e hijo único. Su padre es relojero; mientras trabaja, hace leer a su hijo en voz alta los libros más diversos; desde los seis años, Juan Jacobo se aficiona a Plutarco.

Por una cuestión de «honor», el padre de Rousseau, huye de Ginebra. A sus diez años, Juan Jacobo es acogido por su tío materno, Gabriel Bernard. Durante los dos años siguientes, recibiendo el mismo trato que su primo, se somete por primera y única vez a la disciplina de una educación en familia. Pero los libros de estudio no le gustan; prefiere la experiencia de la vida, sin orden ni método.

Marzo de 1728: Rousseau sale a pasear por el campo en una tarde de domingo. Cuando regresa a Ginebra, las puertas de la ciudad están cerradas. En ese momento, decide irse a la aventura por los caminos. En su vagabundeo, conoce a la señora de Warens, joven viuda de veintinueve años —más tarde, su amante— que le convierte al catolicismo; Juan Jacobo tenía dieciséis años y oficialmente era calvinista. Los años siguientes, en diferentes empleos —lacayo, preceptor, escribano, copista de música— sigue almacenando experiencia de la vida.

En 1745 encuentra a la que será compañera de toda su vida, Teresa Levasseur, y decide dedicarse a la literatura, no como oficio, sino como ocupación principal; es decir, gana su sustento en colaboraciones literarias diversas y copiando música, al tiempo que va escribiendo su propia obra. Su

Discurso sobre las ciencias y las letras, le da celebridad pública en 1750; Rousseau empieza a ser mencionado en los círculos culturales de Francia. En 1755 viaja a Ginebra para reconvertirse al calvinismo. La publicación de *La nueva Eloísa* (1761) es un éxito en toda Francia.

El año siguiente publica sus principales obras doctrinales, que venía escribiendo intensamente los años anteriores: el *Contrato Social* y el *Emilio*. La primera es condenada oficialmente en Francia, a poco de su publicación; la segunda es motivo de disputa y polémica entre detractores y defensores. Rousseau no encuentra la paz. La persecución oficial de que es objeto, junto con su salud precaria y su carácter misántropo, generan una manía persecutoria que agriará su vida en lo sucesivo. Encuentra protectores ilustres que le ofrecen pensiones económicas sustanciosas; pero él las rechaza para vivir de otros recursos, principalmente de su oficio de copista de música.

A partir de entonces, Rousseau escribe, pero no publica, y su labor literaria tiene un mismo sentido: su autojustificación personal a través de su biografía. Comienza con las *Confesiones*, pero, insatisfecho de ella, aborda los *Diálogos*, que subtítulo «Rousseau juzga de Juan Jacobo». En los últimos años de su vida, el círculo solipsista se cierra con las *Rêveries* —«Divagaciones de un paseante solitario» es el título completo.

En 1768 —con cincuenta y dos años— se casa con Teresa Levasseur. Son años de desasosiego: huidas de Francia a Inglaterra, y por Centroeuropa; amenazas de ser arrestado, disputas con amigos; alzas y bajas de salud; folletos autorreivindicativos copiados y difundidos por él mismo. El marqués de Girardin, noble que se proclamaba discípulo de Rousseau le proporciona una idílica vivienda en Ermenonville para que culmine su obra en paz. Meses después, el 2 de junio de 1778, Juan Jacobo fallece de una apoplejía. Es enterrado por la noche, dos días después, al lado de un lago que contenía la propiedad, en la isla de Los Chupos. Este hecho ayuda a perfilar la imagen cultural de Rousseau: más que un precursor del romanticismo, fue de hecho el primer romántico.

2. Obras¹

2.1. Obras publicadas en vida del autor

- Discurso sobre las ciencias y las letras (1750).
- Discurso sobre los orígenes y fundamentos de la desigualdad entre los hombres (1758).

¹ — ROUSSEAU, J. J.: *Oeuvres Complètes* (edición de B. Gagnebin y M. Raymond). Paris. Gallimard. (Bibliothèque de la Pléiade). 1950-70.

— J. J. ROUSSEAU: *Emilio o de La Educación*. Introd. de Henry Wallon. Fontanella, Barcelona, 1973.

— J. J. ROUSSEAU: *Del Contrato Social. Discurso sobre las ciencias y las artes. Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres*. Alianza Ed., Madrid, 1980.

- Julia o la nueva Eloísa (1761).
- Contrato Social o principios de derecho político (1762).
- Emilio, o de la educación (1762).
- Diversos artículos de *La Enciclopedia* sobre música, y piezas líricas teatrales.

2.2. Obras publicadas póstumamente

- Confesiones.
- Diálogos (Rousseau juzga de Juan Jacobo).
- Divagaciones (*Rêveries*) de un paseante solitario.
- Diversas cartas y opúsculos.

3. Textos²

3.1. Libro I de El Emilio: hasta los 5 años

Descriptor conceptuales: experiencia sensible del mundo, misión nutricia y educativa de las madres, tres educaciones, dolor, sensaciones.

Se encuentran en este primer libro una serie de reflexiones generales sobre la educación, junto con precisas indicaciones para los primeros años de vida.

El niño nace inerme e incapaz de todo, menos de aprender. La experiencia sensible del mundo que le rodea es la clave de la educación en esta etapa. Toda constricción en sus sencillos movimientos —por ejemplo, el fajarlo o encerrarlo en cuñas protectoras— es nociva para su futuro desarrollo. Este error se comete, a juicio de Rousseau, porque las madres han dejado de criar y educar a sus hijos, dejando esta ocupación en manos de las nodrizas —así ocurría frecuentemente en la nobleza de su época—. Llega a afirmar incluso que el bienestar de una nación depende de que las madres vuelvan a cumplir su misión nutricia y educativa.

² Desde una preocupación pedagógica, la obra de mayor importancia de Rousseau es *El Emilio*.

Una amistad de Rousseau, la señora De Chenonceaux, le pide que le escriba sobre el modo de educar a sus hijos; de ahí sale el grueso libro del *Emilio*, comenzado a redactar en la primavera de 1758. Sin duda que la madre de familia no esperaba tanto; seguramente Rousseau llevaba tiempo meditando sobre cuestiones pedagógicas, y dicho encargo fue ocasión propicia para explayarse en la obra que conocemos y que será valorada por su autor —en sus escritos autobiográficos— como el mejor y más útil de sus escritos.

La obra se divide en cinco libros, que van cubriendo las diferentes etapas de la educación de Emilio —un niño imaginado, en condiciones ideales— por su preceptor Juan Jacobo Rousseau —en cuanto que preceptor, no menos ideal que Emilio—. Se trata por tanto de una novela ficticia, entreverada de reflexiones teóricas sobre su temática —la educación— y cuestiones sociales y políticas afines. El principio educativo esencial para Rousseau se expresa en las palabras iniciales del Emilio: «Todo lo que procede del Autor de las cosas es bueno, pero todo degenera en las manos del hombre.» La tarea educativa consiste en seguir los dictados de la naturaleza: éste es el *naturalismo pedagógico* de Rousseau.

→ — Para una exposición breve, pero rigurosa, del pensamiento de Rousseau, véase en AA.VV.: *Filosofía de la Educación hoy*. Dykinson, Madrid, 1989, el Cap. XV, págs. 261-275.

Hay tres fuentes de educación, o «tres educaciones»; la de la naturaleza, la de las cosas y la de los hombres. La primera consiste en el desarrollo de los impulsos naturales; la segunda en la experiencia del mundo circundante, y la tercera en las acciones de los hombres sobre el niño, con el fin de formarle. La contradicción entre estas tres fuentes viene de la educación de los hombres, que no cuenta con las exigencias de las otras; en esa contradicción está la causa de todos los errores y males pedagógicos.

En la educación de los niños debe seguir en todo a la naturaleza; los cuidados y solicitudes hacia el niño no hacen más que alejarlo de las exigencias naturales: el dolor es la vía educativa natural. Las sensaciones son el elemento esencial de la educación en esta etapa. Cuidar la educación de los sentidos según naturaleza es sentar las mejores bases para la posterior educación de la inteligencia. Estas sensaciones son el fruto del encuentro natural con lo que rodea al niño —educación de las cosas.

Hay que impedir el choque de las voluntades del niño y de su preceptor, ayudando a que aquél obre por sí mismo. El afán de previsión y de precocidad del adulto pervierten el desarrollo natural del niño; forzándole a que haga cosas para las que carece de poder y de verdadera necesidad. El desequilibrio entre capacidad o fuerza y deseo natural o necesidad real vician la vida futura, creando la necesidad de poder para imponerse a la realidad, y pretendiendo utilizar a los demás para ello —tal es el sentido del llanto infantil.

3.2. Libro II: hasta los doce años

Descriptor: felicidad, educación negativa, sensibilidad.

La mayor parte de este libro se articula en torno a tres ideas esenciales: el descubrimiento de la infancia, la educación negativa y la educación de los sentidos.

Hay que respetar el modo de ser y de pensar propio del niño, que no es como el del adulto. Tratarles como a futuros adultos es la mejor manera de impedir su desarrollo como hombres. Aquí radica el sentido propio e inmanente de la infancia: el niño no es un proyecto de hombre; la infancia tienen un valor en sí, que debe ser atendido por la educación. Tal es la primera gran orientación de la educación según naturaleza, pues las costumbres e instituciones sociales llevan al error señalado: a pensar que el niño sólo es un adulto aún inmaduro.

La felicidad consiste en sufrir la menor cantidad posible de males, esto es, sólo los que exige la naturaleza; al pedir al niño lo que aún no necesita hacer, se aumentan y agravan los males. Así se pierde la libertad real, pues se potencia la dependencia del niño de los demás y de los medios sociales al agrandar sus necesidades. La cultura y las instituciones sociales que la transmiten son el verdadero mal. Los niños no están en edad de razonar. Hay que limitar las nociones que tengan a las que provengan de las sensaciones, con una excepción: la idea de propiedad. Pero ésta debe adquirirla también por la experiencia: al plantar unas habas, entra en conflicto con el hortelano que había plantado melones; llegan entonces a un acuerdo para repartirse la tierra. Así, a través de la ocupación de la tierra mediante el trabajo, Emilio forma su noción de propiedad. Es un momento en que el preceptor no tiene reparos en dirigir la experiencia.

La dirección del educador en el aprendizaje es mínima, y tiende a potenciar una vez más la educación de las cosas. Es un ejemplo de la educación negativa: «la pri-

mera educación debe ser puramente negativa, consiste no en enseñar la virtud y la verdad, sino en preservar el corazón del vicio y el espíritu del error».

Educación negativa no es, pues, inactividad del educador, sino más bien enseñanza indirecta del mismo, que propicia buenas experiencias —buenas, en el sentido de «naturales»— mediante el control del ambiente y el entorno físico del niño. El educador debe gobernar sin dar órdenes y hacer todo sin que parezca que haga nada.

No hay que enseñarle a leer y a escribir hasta que él mismo lo pida, llevado de una necesidad —cuando, por ejemplo, ha recibido una invitación de un amigo a una fiesta, pero no puede leerla—. En estos años debe cuidarse de la educación de la sensibilidad, mediante experiencias sensoriales adecuadas: «Como todo lo que entra en el entendimiento procede de los sentidos, la primera razón del hombre es sensitiva y sirve de base a la razón intelectual. Los primeros maestros de filosofía son nuestros pies, nuestras manos, nuestros ojos. Sustituir todo esto por libros no es enseñar a razonar, sino a servirse de la razón de otros, aprender a creer todo y a no saber nada.»

3.3. Libro III: hasta los 15 años

Descriptor: criterio de la utilidad, trabajo manual.

Este es un momento de eclosión de fuerza que permite ampliar el campo de experiencia. Es una etapa breve, pero decisiva y valiosa.

El criterio de selección de experiencia está en la utilidad: lo bueno y lo malo no se enseñan como tales, sino como provechoso o inconveniente en razón de la utilidad. La experiencia de la realidad se orienta por las preguntas que hace el preceptor, encaminadas a despertar la curiosidad del niño, que debe contestarlas desde el saber que ya ha adquirido en los años anteriores.

A Emilio no le gusta la astronomía; Rousseau le lleva al monte de noche y se pierden intencionadamente; a través de la necesidad de orientarse, descubre la utilidad del saber. Sólo un libro leerá Emilio: *Robinson Crusoe*. En él aprenderá posibles relaciones de utilidad con el mundo. Otras relaciones de carácter social no son convenientes; sólo las que se aprenden empíricamente a través del trabajo, en el que Emilio empieza a iniciarse. Aprenderá un oficio manual, aunque no le haga falta por su posición económica. La elección del oficio se realiza por el criterio de autonomía: aprendiéndolo, no debe temer a quedarse pobre, y en cualquier momento podrá depender sólo de sí mismo. El oficio elegido es el de carpintero, pues es también el que menos precisa de otros oficios: la materia prima, por ejemplo, se la puede proporcionar él mismo con un hacha.

A través del valor de utilidad, se ayuda a Emilio a perfeccionar su juicio, lo que se hace sobre todo enseñándole a precaverse del error, mediante la constante reflexión sobre los propios juicios y su contraste con la experiencia.

3.4. Libro IV: hasta los 20 años

Descriptor: ignorancia de la naturaleza, pasiones, amor de sí mismo, educación moral, religión natural, dios.

Los cambios de la adolescencia marcan esta etapa. Las pasiones aparecen junto con los cambios fisiológicos, excitando a los sentidos. Mejor es mantener todo el tiem-

po posible la inocencia natural —la «ignorancia de la naturaleza», la llama Rousseau—, no añadiendo nada a lo que va proponiendo el curso natural del desarrollo.

Es la etapa de la educación moral, que consiste en educación de las pasiones. Hay pasiones naturales, pocas y limitadas, que son medios de realización de la libertad, en orden a la propia conservación. Pero éstas son aumentadas en número y en daño por las influencias sociales.

Hay una pasión esencial, de las que son modificaciones las restantes: *el amor de sí*. De ella nace la benevolencia hacia los demás, por la ayuda que prestan a la conservación; pero luego puede torcerse, deseando ser queridos por quienes nos quieren: así se transforma en *amor propio*, fuente del odio, la venganza y el engaño. Hay que iniciar a Emilio en los sentimientos de amistad y piedad.

Emilio entra en el mundo moral: empieza a oír la voz de la conciencia. Ahora ya no basta una educación negativa, sino que hay que darle a conocer el corazón humano: precisamente en su fondo de bondad natural, contradicho por la (cultura y la vida social) Deberá seguir aprendiendo de la experiencia, y cuando esto sea peligroso, se le dará a conocer a través de historias y fábulas. Siempre, evitando los preceptos y las palabras.

A los dieciocho años ya se le puede hablar de Dios, porque ya puede remontarse racionalmente a la idea de primera causa. Esto no lo hace el preceptor, sino otra persona, el vicario de Saboya —que expone el pensamiento de Rousseau sobre la religión natural.

Partiendo de la conciencia de la propia existencia, el vicario saboyano va proponiendo cuestiones a Emilio, cuya explicación requiere la existencia de un dios, que quede así como idea sublime, pero indefinida y racional. No obstante, Rousseau insiste en que no es una especulación, sino una reconsideración de la naturaleza como se oye en la voz de la conciencia y que es, por ello, buena y enseña el bien.

El instinto sexual empieza a dejarse sentir fuertemente, por lo que se va a animar a Emilio a pensar en la necesidad de una compañera, que el preceptor la describe idealmente —no en el sentido de la mujer perfecta, sino de la más conveniente para él.

3.5. Libro V: edad viril y educación de la mujer.

Descriptores: cualidades de la mujer

Al hablar de Sofía, futura mujer de Emilio, Rousseau enuncia los principios de la educación femenina. Ha de ser fiel, modesta y reservada, tanto ante su conciencia como a los ojos de los demás, pues tendrá como misión importante el cuidar de la reputación y el honor de la familia. Tendrá la misma religión que su marido, pues en esto, como prácticamente en todo, la educación femenina se regula por la autoridad, con vistas al futuro matrimonio.

Sofía es simpática, fresca, dulce y sencilla. Sabe llevar una casa; cuida su apariencia personal sin afectación; es amante de la limpieza. Es religiosa, pero «sin excesos»; practica unas sencillas oraciones y tiene una mínima instrucción teológica. Sabe algo de música y de canto, pero carece de una vasta cultura general. Su ideal masculino es Telémaco, personaje de Fenelón, análogo a Emilio por su sentido literario —es prototipo de la educación feneloniana.

Cuando se conocen Emilio y Sofía se agradan mutuamente y se ilusionan por su matrimonio. Pero antes de eso, Emilio acepta la sugerencia del preceptor sobre un largo viaje de instrucción. Por dos años, viajan ambos por Europa, conociendo pueblos, gobiernos y costumbres.

A la vuelta, se casan. Todavía sigue el preceptor guiando a Emilio —y ahora también a Sofía— hasta que tienen un hijo, que será educado personalmente por Emilio, siguiendo los pasos a Juan Jacobo que, por fin, desaparece al cerrarse el ciclo educativo.

1. El «problema de Sócrates»

Casi todo lo que se refiere a Sócrates está rodeado de misterio y sometido a discusión: ¿quién fue realmente?, ¿por qué fue condenado a muerte?, ¿cuál fue su doctrina? Sócrates nunca escribió nada, y los testimonios que nos han llegado sobre él son contradictorios. Por un lado, las burlas de Aristófanes, o la figura un tanto ramplona que presenta Jenofonte. Por otro lado, la exaltación de Sócrates en los diálogos de Platón, o los testimonios más comedidos de Aristóteles. Lo más seguro, quizá, es aceptar el testimonio de Aristóteles y de los primeros diálogos de Platón.

¿Quién fue Sócrates?

Aunque parece que, en principio, se le podría considerar como un sofista más —como hace Aristófanes—, la *Apología de Sócrates*, de Platón, le presenta con rasgos excesivamente divergentes. No escribe libros, renuncia a la oratoria, no cobra a sus discípulos. Y no presume de sabiduría. Ciertamente que un amigo suyo fue a Delfos a preguntar a la pitonisa si había algún hombre más sabio que Sócrates, y que la pitonisa contestó que no. Pero Sócrates interpretó el oráculo de la siguiente manera: sólo la divinidad es sabia, para nada vale la sabiduría humana, y el que como él, Sócrates, sabe que «no sabe nada», está más cerca de la sabiduría que los que —como los sofistas— creen que lo saben todo. Sócrates es, pues, un hombre que busca la verdad; y a ello se siente impulsado por la voz de un espíritu (*daimon*) interior. Así, dedica toda su actividad a «examinarse a sí mismo y a los demás» acerca del bien del alma, la justicia y la virtud en general, pensando que «la vida sin tal género de examen no merece la pena de ser vivida». Sócrates prefirió esta actividad filosófica a todas las preocupaciones de sus contemporáneos: «las ganancias, el gobierno de la casa, el generalato, los discursos ante el pueblo, todos los cargos públicos, las conjuraciones y las disensiones que tienen lugar en la ciudad...». Figura inquietante e incómoda, se compara a sí mismo con un tábano que agujereaba a los demás para que no se duerman y presten atención a la virtud.

¿Por qué fue condenado a muerte?

La acusación ante el tribunal de los Quinientos fue la siguiente: «Meleto, hijo de Meleto, del *demo* de Mitthos, contra Sócrates, hijo de Sofronisco, del *demo* alopecense. Se acusa a Sócrates por no honrar a los dioses que honra la ciudad y por introducir dioses (demonios) extraños, y también por corromper a la juventud. Pena de muerte». Probablemente, estas acusaciones no constituyen el verdadero motivo del juicio. Los acusadores esperaban que Sócrates se exiliara voluntariamente antes del proceso, pero no fue así; tampoco pidió conmutación de la pena. Condenado a beber la cicuta, rehusó la huida que le habían preparado sus amigos y discípulos, y pasó sus últimas horas discutiendo con ellos acerca de la inmortalidad del alma y las ventajas de morir (cfr. el diálogo platónico *Fedón*). ¿Por qué fue, pues, condenado? En Atenas se acababa de restaurar la democracia, y la ciudad vivía todavía el tremendo trauma de la guerra del Peloponeso (431-404), las luchas de la oligarquía por hacerse con el poder, y, sobre todo, el breve y terrorífico gobierno de los Treinta Tiranos (404-403). El proceso de Sócrates —que no simpatizaba demasiado con la democracia y que había sido el maestro de Alcibades y de Critias, el más violento de los oligarcas— se explica bastante bien en este contexto. Pero, sin duda, fue un error.

→ 44

→ 42

¿Cuál fue su doctrina?

El problema consiste en saber, exactamente, cuáles de las doctrinas que pone en su boca Platón son verdaderamente socráticas y cuáles son propias del

mismo Platón (Jenofonte, prácticamente, no le atribuye doctrina alguna, y Aristófanes le atribuye las doctrinas de los sofistas y algunos presocráticos).

• Es posible que Sócrates escuchara a Arquelaos, discípulo de Anaxágoras. Su doctrina del espíritu debió llamarle la atención, pero pronto quedó decepcionado por los planteamientos de los primeros filósofos y decidió dedicarse a reflexionar sobre sí mismo y sobre la vida del hombre en la ciudad: «Nada me enseñan la tierra y los árboles, sino los hombres en la ciudad» (*Fedro*, 230 d). Realmente, en aquel momento los problemas éticos eran los más urgentes. Y Sócrates hizo suya la máxima escrita en el templo de Delfos: «Conócete a ti mismo».

171 ← • Sócrates entiende la filosofía como una búsqueda colectiva y en diálogo. Él no pretende poseer ya la verdad, ni poder encontrarla por sí solo. Cada hombre posee dentro de sí una parte de la verdad, pero debe descubrirla con la ayuda de los otros. Así se explican las dos partes del método socrático. La ironía, en primer lugar, es el arte de hacer preguntas tales que hagan descubrir al otro su propia ignorancia: el que cree saber cae en la cuenta —acorralado por las preguntas de Sócrates— de que no sabe nada. Entonces comienza un proceso nuevo: la mayéutica (obstetricia, arte de la comadrona, por alusión al oficio de su madre), consistente en un arte de hacer preguntas tales que el otro llegue a descubrir la verdad en sí mismo. Sócrates, pues, no comunica doctrina alguna, ni parece tener doctrina propia: ayuda a los demás y busca con ellos. Esta búsqueda en común y esta modestia inicial contrastan fuertemente con el individualismo y autosuficiencia de los sofistas. «Yo nada sé, y soy estéril; pero puedo servirte de partera, y por eso hago encantamientos para que des a luz tu idea» (*Teeteto*, 151 a).

(esencia) 141 ← • Según Aristóteles, «dos cosas se pueden atribuir a Sócrates: los razonamientos inductivos y la definición de lo universal; y ambas se refieren al principio de la ciencia» (*Metafísica*, 13, 4, 1078 b). Efectivamente, la pregunta fundamental que hace Sócrates es: «¿Qué es...?», y espera que el otro le conteste con una definición (de la justicia, por ejemplo). El método socrático se encamina, pues, a la construcción de definiciones; las cuales deben encerrar la esencia inmutable de la realidad investigada. De este modo, Sócrates se opone al convencionalismo de los sofistas, e inaugura el camino de la búsqueda de las esencias. El procedimiento para llegar a la definición verdadera (finalidad de la *mayéutica*) es inductivo: examen de casos particulares y ensayo de una generalización que nos dé ya la definición buscada. Sócrates concentró su búsqueda en torno a conceptos morales, y, curiosamente, esa búsqueda —tal y como aparece en los primeros diálogos de Platón— terminó sin resultado. Así, los diálogos *Eutifrón* (sobre la piedad), *Cármides* (sobre la templanza) y *Lisis* (sobre la amistad) terminan en un aparente fracaso.

333, 248 ← • Todo el interés de Sócrates parece, pues, haberse centrado en los problemas éticos, sobre la esencia de la virtud y la posibilidad de enseñarla (tema muy debatido en aquel momento por los sofistas). La doctrina de Sócrates suele ser calificada como un «intelectualismo ético»: el saber y la virtud coinciden; el que conoce lo recto, actuará con rectitud, y sólo por ignorancia se hace el mal. Esta doctrina parece excesivamente optimista y alejada de la realidad (no basta conocer el bien para practicarlo...), y ya fue criticada por Aristóteles. Pero hay que tener en cuenta que Sócrates defiende también un utilitarismo moral: lo bueno (moralmente) es lo útil. Todo el mundo busca la felicidad y la utilidad, y la virtud consiste en discernir qué es lo más útil en cada caso. Así pues, el saber del que habla Sócrates no es un saber teórico, sino un saber práctico acerca de lo mejor y más útil en cada caso. Este saber-virtud puede, evidentemente, ser enseñado y aprendido: no bastan, pues, las disposiciones naturales para ser bueno y virtuoso.

(interpretación de Nietzsche) 358 ←